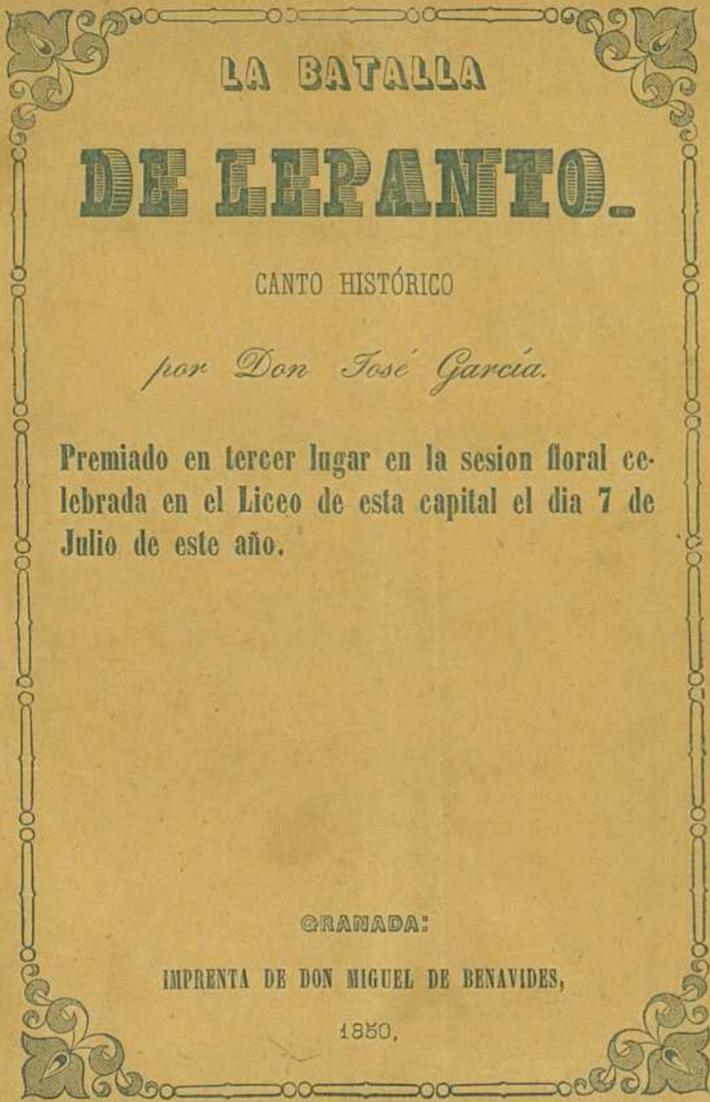


Agencia



LA BATALLA
DE LEPANTO.

CANTO HISTÓRICO

por Don José García.

Premiado en tercer lugar en la sesion floral celebrada en el Liceo de esta capital el dia 7 de Julio de este año.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON MIGUEL DE BENAVIDES,

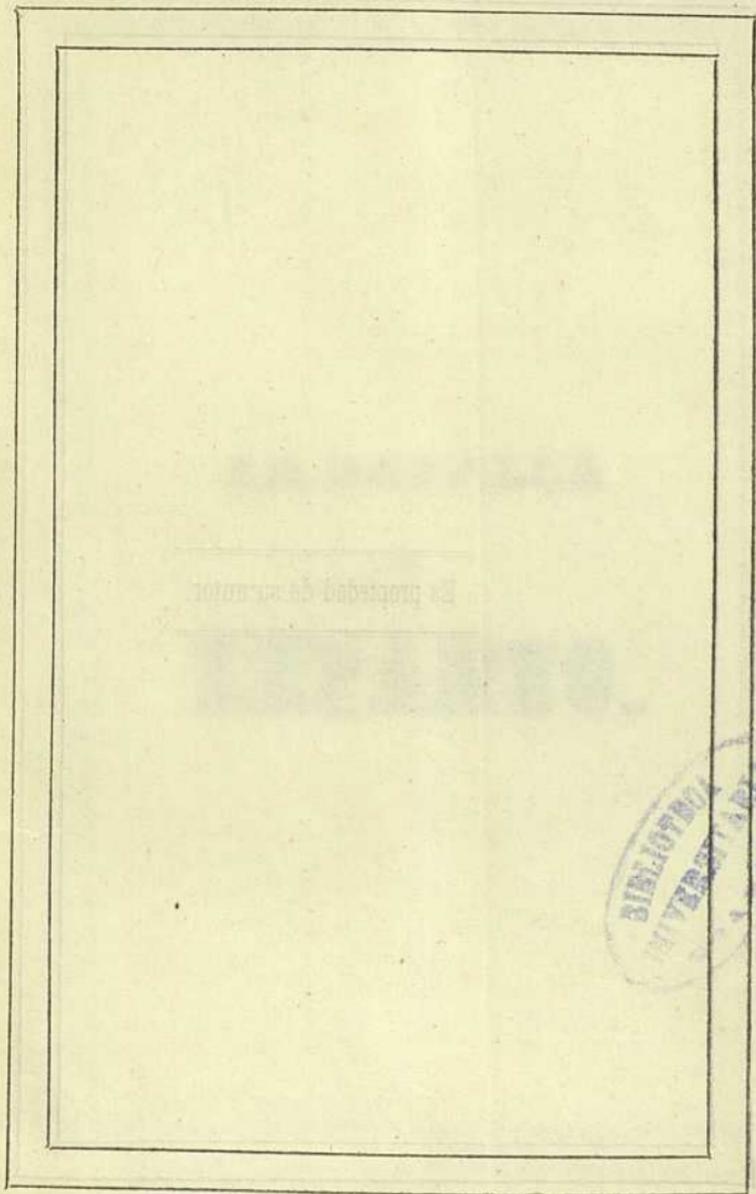
1850.



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL	
ADA	
Sala:	
Estantería:	31
Numero:	5(40)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17

R-24.256



Biblioteca Hospital Real
Granada

C
73
14 (9)

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Número:

095 (40)

R-24,256

UNIVERSITY OF TORONTO



Es propiedad de su autor.

LA BATALLA
DE LEPANTO.

LA BATALLA

DE

LEPANTO.



LA BATAVA

DE

LEPANTO.

**LA BATALLA
DE LEPANTO.**

CANTO HISTÓRICO

POR

Don José García,

premiado en tercer lugar en la sesión floral
celebrada en el Liceo de esta capital el día
7 de Julio de este año.

GRANADA:

IMPRESA DE DON MIGUEL DE BENAVIDES,

1850.

LA BATALLA
DE LEPANTO.

QUINTO MILENARIO

1901

Don Juan Ponce

premiada en tercer lugar en la sesion formal
celebrada en el pisco de esta capital el dia
7 de Julio de este año.

IMPRESOR:

IMPRESOR DE DON MIGUEL DE NEVILLAS.

1901

A LA SEÑORA
DOÑA MARIA DOMENECH
DE SOTOMAYOR.

Al decidirme impulsado por los ruegos de mis amigos, á dar á la prensa este débil ensayo, considero satisfecha toda mi ambicion, si logro llevar á su frente el respetable nombre de V., de quien tuve el honor de recibir el premio que debí á la indulgencia del jurado en el certámen de los juegos florales. Por ello me atrevo á presentar á V. esta humilde ofrenda, seguro de que se servirá aceptarla, como una leve muestra del afecto y gratitud que le profesa

José Garcia.

A LA SEÑORA

DOÑA MARIA DOMINGA

DE BOSTON.

En la ciudad de Nueva York, a los diez y seis dias del mes de Mayo de mil ochocientos y tres.

Yo, el Sr. D. Juan de Dios

.....
La tercera composición sobre la cual se ha fijado gradualmente la atención del tribunal, ha sido la designada con este lema;

«No, ufano, al premio ansío:
solo quiero ensayar mi débil brio.» (1)

(1) Fragmento, relativo á la presente poesía, del discurso de Don José de Castro y Orozco, presidente del tribunal de censura, compuesto además de los Señores Don Policarpo Morales, Don Cristóbal Pascual, Don Nicolás de Roda y Don Zacarías Acosta, nombrados para la calificación de las poesías presentadas para obtener los premios ofrecidos en la sesión floral celebrada en el Liceo de esta Ciudad el día 7 de Julio de este año.

Desechando como enojosa la sujecion de la octava rima, y prefiriendo á ella la flexible y fácil silva, el poeta ha acometido, á semejanza de algun célebre moderno, la árdua empresa de cantar una accion épica en este género de metro, que tiene ciertamente sus ventajas y sus desventajas para el caso. La octava enfrena el pensamiento, templando por consiguiente los estravíos de la imaginacion: la octava favorece y aun obliga al uso del epígrama, haciendo de cada pensamiento una flecha, que, cuando es disparada por mano certera, hiere precisamente en el blanco. La silva, por el contrario, pres-tándose mejor á la descripcion y al género lirico, parece como que da mas ancho campo á los vuelos de la fantasia; pero en cambio de este beneficio otorgado al poeta, que vaga en-

tonces sin rumbo ni lastre por el espacio, le espone unas veces el peligro de que, remon-
tándose mucho, la proximidad del Sol abra-
se sus alas; y otras al riesgo de que, cayendo de
tanta altura, las sienta de repente entorpecidas
porque las han empapado en su humedad los
densos vapores de la tierra. En una silva de
ciertas dimensiones es en verdad algo difícil
seguir el prudente consejo de Ovidio: medio
tutissimus ibis.

Dígase empero en honra suya que el autor
de este poema no ha pecado por ninguno de
aquellos dos extremos: dígame así mismo á la
faz pública, que, cualquiera sea el puesto que
definitivamente le haya tocado ocupar en esta
calificación, aun ha habido perplejidad y va-
rios pareceres entre nosotros mismos, opinan-
do unos que merecía el tercer lugar, susten-
tando otros que su obra era digna del segundo.
Si el Liceo hubiera ofrecido dos flores de plata,
es seguro que este poema y el anterior hubie-
ran sido premiados igualmente; mas teniendo
que optar por uno de ellos, ha sido preciso fa-
llar, atendiendo al conjunto de condiciones ar-
tísticas de cada uno; y en esta parte le lleva
cierta ventaja el canto histórico precedente.
Sus formas parecen mas académicas: su ver-
sificación mas prolija y laboriosa.

Poeta es en verdad, cualquiera que haya si-
do su estrella en el presente certámen, y poeta

de grandes esperanzas sin duda, el que imitando felizmente bellisimos modelos, ha sabido pintar así el majestuoso movimiento de una escuadra y el soberbio desden de su arrogante caudillo:

Miradlas! allá van! Seltas las lonas,
acariciadas por la blanda brisa
en su blando vaiven, los largos remos
con movimiento igual van azotando
del verde mar la turbulenta espalda;
rastros tras sí dejando
de rizadas espumas,
blancas perlas en campos de esmeralda,
ó en verdes nidos olvidadas plumas.

.....

Empuñado el alfanje damasquino,
la adarga sobre el pecho, la mirada
torva, tenaz, cual de traidora hiena,
fija en la fiel armada:
de villano rencor el alma llena:
de rabia insana el corazon latiendo:
su hiel en voz trocando;
y mil y mil de colosal estruendo
con su voz convulsiva dominando;
Allí desde el alcázar de su nave
á sus tropas gritó: «Fieles creyentes,
«que estendeis por el mundo la divina
«religion de Mahoma verdadera:
«mirad á los cristianos insolentes,

« de débil corazón raza mezquina
« alzar contra la nuestra su bandera.
« ¡ Ellos! que flacos cual garrulas aves
« que espanta el gavilán, vuelven sus popas
« al ferrado espolón de nuestras naves,
« y el pálido temor contrae sus frentes
« al estruendo marcial de nuestras tropas!
« ¡ Miradlos! ¡ Ellos son! torpe canalla
« que encubre su temor y cobardía
« tras duro casco y acerada malla....
« ¡ Por el Corán, que basta mi osadía
« para arrollar sus huestes de batalla!
« ¡ Lidíad, hijos de Osman! Hiera potente
« vuestro enojo sañudo;
« y en su cobarde frente
« bravos romped el damasquino escudo!
« Duras picas empuñan vuestras manos:
« allí teneis los yertos corazones
« de los torpes cristianos:
« pasto á su hierro den; y en sus leones
« ceben la garra aguda
« los tigres del desierto soberanos:
« ¡ Allah-akbar! ¡ á la lid! Él nos ayuda!!

Probable es, señores, que vosotros comprendais perfectamente nuestra incertidumbre, despues de haber oido este trozo grandilocuente, magnífico pedazo de púrpura, que no es el único que brilla en el poema. Hoy le ha tocado á su autor el último premio: mañana

quizá sabrá conquistarse el primero. Pero ¿qué digo de puestos y de gerarquías? En esta lucha noble y honrosa, en este certámen de caballeros, de damas y de poetas, todos los puestos son de honor, todas las gerarquías revelan genio; y el genio es siempre digno de admiración, cualquiera que sea el número de cuarteles que ostente en su ejecutoria.

.....

José de Castro y Orozco.

LA BATALLA DE LEPANTO.

Senti tu gloria y la canté al momento.

(ARRIAZA.)

Recuerdos de las glorias inmortales
que en mil sangrientas lides
supo alcanzar un día
la ilustre patria de los fuertes Cides,
que también con orgullo llamo mía:
sagrario en que la fama
los altos hechos vela de los pueblos
que elevarse lograron, fiel historia,
en cuyas áureas páginas,
para padron de la gigante gloria
que siempre merecieron
los de mi noble patria, cien naciones
sus nombres escribieron,
que hasta entonces indomadas
fueron al carro de su triunfo atadas:

cuyas regias coronas,
que por rico botin abandonaron
á su valor potente,
al cabo con su peso fatigaron
del soberbio leon la augusta frente:
colosales trofeos que fijaron
sus generosos hijos
do quier el sol ardiente
fulgores lanza de su inmenso foco:
emblemas de sus bélicas hazañas
á cuya tradicion fué espacio poco
el escudo imperial de dos Españas:
mostrad vuestra grandeza,
sombras sagradas, á mi vista ansiosa
de veros y admiraros;
rasgad el manto de mortal flaqueza
que el corazon envuelve, y animosa
daré al viento mi voz para cantaros,
sin que mi ser espante
de vuestra gloria el esplendor gigante.

¿Quién eres, tú, que brilla tu mirada
cual iris de colores,
iman del corazon, noble matrona?
Tu pura frente, orlada
de vivos resplandores,
ciñe del triunfo la naval corona:
con orgullo asentada
sobre sangrientos bélicos despojos,
bajo el regio dosel de las triunfantes

banderas de Castilla,
cuyos lienzos flotantes
sombra te dan con sus reflejos rojos;
tu planta soberana
con altivez humilla
los temidos pendones,
enseña mahometana
del orgulloso Islan, hechos girones:
y el laurel que en tu diestra
osténtase inmachito,
tierno retoño que halagó la brisa
de los Ausonios mares
en su tallo gentil, y el mote escrito
en tu noble blason, como divisa
de hazañas singulares,
revelan á mi duda, genio santo,
que, á despecho del tiempo y del olvido,
conservas fiel la gloria de Lepanto.

Al recordar el triunfo conseguido
por las armas cristianas
en su revuelto mar, el llanto ardiente,
vergonzoso padron de vil derrota
y de rabia impotente,
aun quema las mejillas mahometanas:
y tambien yo lo vierto: mas mi llanto
solo de orgullo por mi patria brota:
de orgullo, sí; que su valor fué tanto,
que en las sangrientas aguas de sus mares
oprobios se lavaron á millares.

á mi ciega ignorancia; al pensamiento
brillante inspiracion; jugo y dulzura
á mi mortal acento;
y haz que brote á mis labios
el corazon deshecho
en ferviente poesia;
y que la voz se vierta de mi pecho
en sonoros torrentes de armonía.
Dame de tu poder las fuertes alas,
y se alzar  violento
  otra region el entusiasmo mio;
y si no cruza las etéreas salas,
no será ¡vive Dios! salto de aliento,
que al pecho juvenil le sobra brio
y arranques de ambicion al pensamiento.
Dale, pues,   mi voz, arcángel santo,
tu lira bien templada,
para cantar las glorias de Lepanto;
y en la lucha aceptada,
si, por dicha, alcanzase la victoria,
igual   mi placer será tu gloria.

¿Quién pone dique al indomable empuje
del bramador torrente?

¿Quién acalla la mar, si ronca ruje
con voz de destruccion, ni quién la saña
del huracan arrostra, si iracundo
conmueve la mont a a
y su bronco bramar espanta al mundo?

¡Plaza al valor! La lumbre de sus ojos
incendia cuanto ve: su pensamiento
rayo es que esparce por do quier despojos:
su arrojo asolador semoun violento:
volcan su corazon, lava su aliento!
¡Plaza, pues, al valor! ¡Gloria á la España!
Al pueblo heróico que en bizarro alarde,
sin doblegarse á la contraria suerte,
primero que admitir vida cobarde
de torpe esclavitud, con arrogancia
enciende por antorcha de su muerte
las llamas de Sagunto y de Numancia:
Que si el feroz Tarik su frente humilla,
merced á la traicion de hijos villanos,
y hunde su trono en la ominosa orilla
del turbio Guadalete; siete siglos,
sin tregua, ni desmayo,
su sangre prodigar ven con asombro
en lucha encarnizada,
hasta clavar la enseña de Pelayo
en las moriscas torres de Granada:
Que do quiera temido y victorioso,
y siendo el mundo á su ambicion estrecho,
salvó del Oceáno el dique undoso,
para prestarle espacio á su osadía;
y llevó su pendon en faz de guerra
y la cristiana fe que en el ardía
del occidente á la remota tierra;
y atravesando la ignorada espuma

del Atlántico mar, vírgen al yugo
de la veloz y cortadora quilla,
ceñir á su sien plugo
la diadema imperial de Motezuma,
á nombre de su Dios y de Castilla.
¡Por Dios y por Castilla! Esa bandera
tan querida del sol, que al admirarla,
en la inmensa estension de su carrera,
nunca, amante, su luz supo negarla,
ora en su cuna de coral naciese
con pompa soberana,
ora en purpúreo lecho se adurmiese,
mal velado entre nubes de oro y grana.
Bajo su sombra á la venal fortuna
hizo su esclava el español osado;
y á su flotar tan solo
el mundo dilatado
cobarde vaciló de polo á polo:
y al recorrerlo entero
sobre el carro triunfal de la victoria,
ebrio de orgullo, con sangriento acero,
en su blason de gloria,
«no hay mas allá» escribió Cárlos primero:
Y despues abdicó! — Su hijo Felipe,
segundo de este nombre,
heredó con su trono su grandeza;
y su escelso renombre,
en su templo inmortal guarda la historia,
por mas que, con un crimen, su nobleza

quiera el orbe manchar y su memoria.
El cetro de dos mundos
fué leve peso en su robusta mano.
Mas grande que su siglo,
á la contraria destructora suerte
no se humilló villano,
ni dobló de su alma el temple fuerte;
ni sonrió á la próspera fortuna
su labio soberano;
que ambas en él hallaron igualmente
sereno un corazon, alta una frente.
Que lo digan, si no, los orgullosos
fieros hijos de Osman, pueblo de Oriente
de feroz corazon y pecho impío;
raza de humanos tigres
que su origen Scyta no desmiente,
sin mas ley que el puñal y su albedrío:
que del Coran sectarios
odian la fe que canta
con entusiasta amor el labio mio:
salvajes, cual sus potros voladores;
fieros, como el chacal, que sanguinario
su presa en los desiertos olfatea:
guarda su corazon de los rencores
la acibarada hiel, y en la pelea,
al aprestar sus naves ó corceles,
ánlian el oro vil, no los laureles.
Como buitres feroces
que tras la presa, hambrientos,

raudos cruzan del aire las regiones;
así, de sangre y de botín sedientos,
con suelta brida y enristrada lanza,
sus fuertes escuadrones
cayeron de Bizancio sobre el trono
al escape veloz de sus bridones,
y el trono derrocaron;
y en las ruinas del imperio griego
otro imperio fundaron;
y tras sus muros la insolente tropa,
necia, en su orgullo ciego,
amenazó inundar la rica Europa.
Su ambición alentaba la fortuna;
y de torpe avaricia el alma llena,
que el afán noble de la gloria mata,
la odiosa media luna
llevó á los mares su intencion de hiena,
y sus veleros buques de pirata:
y allí libre, su aliento
voló sin Dios, ni ley, bravo, violento:
y reyes se llamaron
del ancho mar Tirreno, cuyas olas
sangrientas se agitaron
al reflejar sus rojas banderolas:
y ni una playa hubo, que halagada
fuera al sordo rumor de su oleaje,
oculta ó ignorada,
que no viese asombrada
ó su aleve traicion ó su pillaje.

Duro azote de Dios para el cristiano
fueron esas de horror hordas salvajes,
que, en su encono inhumano,
á lanzar se atrevieron sus ultrajes
sobre la cruz; y de su gloria en mengua,
ó hirió su mano, ó blasfemó su lengua.

¿Y pudo el cristianismo
sufrir tantas afrentas recibidas? ✠

¿Pudo ver sus doncellas
en los bazares de Stambul vendidas,
tener que mancillar, mal de su grado,
su frente virginal al beso impuro
de un señor tan temido como odiado?

¿Y vió arrancar las sacrosantas tocas
de la esposa de Dios, para ceñirle
en baldon de su duelo,
de la odalisca el profanado velo?

¡Y recibió el ultraje
el cruzado! ¡y su lanza
dejó en el ocio vil!.. ¡oh! ¡no! Es mentira:
que al fin brotó raudales de venganza
de su ultrajada fe la justa ira.

Y de la grey bendita el pastor digno
que por la Iglesia vela;
y la esposa del mar, Venecia augusta,
que vió del tigre en la sangrienta mano,
en Nicosia leal y Famagusta,
un giron de su manto soberano;
y el gran Felipe, de la cruz sagrada

bizarro paladin, en fuerte liga
por el cielo inspirada,
contra la hueste uniéronse enemiga:
y su empresa bendijo
Dios, del bien y del mal árbitro justo;
y en su bondad suprema
inspiróles valor; y en sus enojos
sobre la altiva frente mahometana
puso el signo fatal de su anatema:
y á la lid los lanzó! Pueblos contrarios
que por su fe se odiaron en su cuna:
fieros rivales que por fin al frente
se llegaban á ver en lucha franca
fiada á su valor, no á su fortuna:
Oriente y Occidente
con su rencor y envejecido encono:
la santa Cruz y la ominosa luna
del mundo entero al aspirar al trono!..
¡Duelo solemne! ¡Colosal hazaña
que ante el orbe asombrado
por su honor y su fe provoca España!
Sangriento el fin será... pero ¿qué importa?
¡Dejadlos, vive Dios! Armas iguales
tienen é igual valor: ancho palenque
en el Ausonio mar... ¡Dios su juez sea!
¡Cúmplanse sus decretos inmortales
y al mas fuerte dé el triunfo en la pelea,
¡Ay! si mi torpe acento

pudiese dar al viento
la gloria, patria mia,
que alcanzaste ese día:
si tan robusto fuese
mi canto que llenara
desde el abismo á la estension vacía,
asombrado, tal vez, me perdonara
el mundo de mi orgullo la osadía.
Pero débil cantor, de oscuro nombre,
aunque en mis venas hierve el fuego patrio,
soy poco á tu renombre,
y con temor mi acento el pecho exhala;
que ora, al medir de cerca tu grandeza,
mi timidez á tu grandeza iguala.
Mas si debo subir á tanta altura,
sigue alumbrando con tu fuego santo,
inspiracion, el entusiasmo mio:
no te consumas, no; y acaso el canto
que entone, patria mia, á tu memoria,
si tu celeste influjo no me falta,
añadirá una página de gloria
de tus brillantes hechos en la historia.

Entre lucientes arcos de corales
del sol el disco inmenso por oriente
tendió sus resplandores;
y su luz refulgente,
al plegar de la noche el negro velo,
dió á la tierra colores,

topacios á la mar, púrpura al cielo.
Vióse entonces surcar las verdes olas
del golfo de Lepanto
la poderosa armada de la Liga;
y al alumbrar el sol sus banderolas,
de las brisas amor, del turco espanto,
en cien y cien galeras,
envuelta entre la bruma, alzó cristiana,
al potente Señor de las esferas
el marinero su oracion temprana:
y saludando á la naciente aurora,
en el palo mayor de las veleras
naves que á la lid van, izóse ufana
la Cruz que el fiel adora
del indomable piélago señora.
¡ Bello cuadro, por Dios, el de una armada
que avanza hácia el contrario
á todo su bogar, iluminada
del sol por los primeros resplandores,
cual se desliza sobre el verde prado
serpiente colosal de mil colores!
Miradlas! allá van! Seltas las lonas,
acariciadas por la blanda brisa
en su blando vaiven, los largos remos
con movimiento igual van azotando
del verde mar la turbulenta espalda:
rastros tras sí dejando
de rizadas espumas,
blancas perlas en campos de esmeralda,

ó en verdes nidos olvidadas plumas.
Miradlos! Ellos son! Con ocho buques
de cortadoras y veloces quillas,
del proceloso piélago el camino
cruza Juan de Cardona,
en alerta avanzada,
bizarro capitan, á quien pregonan
la fama por valiente y caballero,
y en la sangrienta lid siempre el primero.

Y el audaz veneciano Juan de Ória,
terror del turco fiero,
que, en mengua de su saña y de su gloria,
pudo apreciar el temple de su acero,
manda cincuenta naves
señaladas con verdes banderolas,
signo de su esperanza,
que, en dulce oscilacion y movimiento,
mecen y copian las rizadas olas
ó halaga amante el desmayado viento.

Bajo el azul color de las banderas
que en sus topes ondean orgullosas
van sesenta galeras,
guardando la Rëal, que, empavesada,
es por don Juan de Austria gobernada:
don Juan, de Cárlos hijo
á quien purpúrea cuna
el Austria concedió; pero que á España
vino, mancebo tierno,
á prestarle en su ardor y su fortuna

nuevo fasto de gloria,
que vive siempre eterno
del orgullo español en la memoria:
que las ásperas sendas
de los héroes cruzó con planta osada,
hasta alcanzar del triunfo la corona
una vez y otra vez, y cuyas prendas,
ademas de su origen, de su espada
el gavilan torcido las abona;
que, en sangre impura de los moros tinto,
muestra el bélico ardor de Cárlos quinto:
que por primer ensayo
de empresas atrevidas,
el último florón de la diadema
de Alhamar, arrancó á las aguerridas
huestes de Islan bizarras,
por su esfuerzo vencidas
en las ásperas breñas de Alpujarras.

De Roma en la soberbia capitana
y al lado de don Juan, marcha altanero
Marco Antonio Colonna, su segundo,
y Sebastian Veniero
general de Venecia,
que su venganza fia
contra el que osado su poder desprecia
al hierro de su lanza y su osadía.

Hendiendo el mar sus quillas,
al forzado bogar de sus remeros,
van las sesenta náves

que manda Barbarigo,
y sus libres enseñas amarillas
siempre con vil terror vió el enemigo.

Don Alvaro Bazan, por alta hazaña
Marques de Santa Cruz, rige animoso
treinta galeras, donde flota el blanco
pabellon de sus triunfos orgulloso.

Iban tambien allí, de noble gala
é indomable valor haciendo alarde
mil osados guerreros,
que la gloria señala
por cumplidos y bravos caballeros.

Alonso de Bazan, Martin Padilla,
y el Duque de Brachiano,
con el valiente Principe de Urbino:
de Priego el noble Conde: el generoso
Duque de Parma y Juan de Loredano:
Pablo Jordan de Ursino,

en numerosas lides victorioso:
Alejandro Farnesio, Gil de Andrade

que la cruz de san Juan muestra orgulloso;
y el jóven Bernardino,

de la sangre de Cárdenas, nombrado
por su valor: Gerónimo Veniero,

Mons de Leñi el osado,
el fuerte Cathilino Malepiero;

y Juan de Soto el viejo
firme en la lid y sabio en el consejo.

Y otros muchos bizarros capitanes,

cuya prolija suma
fuera empresa sobrada
para mi débil incorrecta pluma
de tan honroso empeño fatigada;
cuyos nombres no deben
quedar por eso en el letal olvido;
que bravos son tambien y á nadie ceden
de la victoria el lauro merecido.

Y de mi débil canto entre los ecos,
por su prez y valor hoy elevados,
consagraré un recuerdo de alta gloria
de Lepanto á los héroes ignorados,
ya que les niega su laurel la historia.

Tal era el orden de la fiel armada;
y veinte veces fué la luz fulgente
del sol por el estruendo saludada
del cañon destructor, sin que la gente
ansiosa de pelea
y al sangriento combate aparejada
entre el mar Cefalónico y Morea
diese vista al infiel; cuya tardanza,
aumentando su intrépido coraje,
menguaba la esperanza
de izar la cruz gloriosa
entre el solemne horror del abordaje.
Mas se cumplió su afan; que, entre las brumas
de Lepanto, la escuadra esploradora
la hinchada vela de la turca nave
con gozo descubrió.—Como el labriego

que, en las mortales horas de sequía,
mustio su campo por escaso riego,
fija los ojos con mirar ansioso
en el celaje azul; y cuando alcanza
á ver lejana nube
que el viento impele frio, la esperanza
vuelve á su pecho el desmayado aliento,
y en himnos de placer su acento sube
al Supremo Hacedor; así el contento
de la escuadra cristiana
al descubrir la flota musulmana.

Y era número inmenso el de las naves
que conduce el infiel. Cuantas armaran
los astilleros de Lambol se vian
avanzar voladoras
de sus remeros al bogar violento;
y casi faltó mar á tantas proras,
y á tanta vela escaso sopló el viento.
Los de Natolia, y Fez, y Alejandria,
Negroponto, y Valona,
y Túnez, y Elcatif, y Romanía,
Tripoli, Alepo, y Sur; y cuantos pueblos
el Cáucaso corona,
y el Nilo beben ó el Pursak fecunda,
que la ley de Mahoma profesaban,
ó en torpe idolatría
bajo el imperio de Selin se hallaban,
trajeron con sus naves su osadía,
y con sed de botín el mar cruzaban.

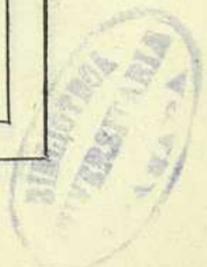
Y eran fuertes tambien sus capitanes
de feroz corazon; y del cristiano
mas de una vez en sangre generosa
tiñéronse sus lanzas,
desde el agudo hierro hasta la mano,
sedientas de rencor y de venganzas:
que fué el nombre de Alí, bravo caudillo
de las altivas huestes mahometanas,
nombre fatal, que en repetidos ecos,
al nacer en las costas africanas,
llevó su horror de los desiertos climas
á los ardientes arenales secos:
y el de muchos con él, que asaz prolijo
fuera el decir; y puesto que la gloria
les negó su laurel, su ignota tumba
con sus nombres jamas mancillaremos;
y á su triste memoria
del olvido el crespon arrojaremos.

.....
Ya la armada creyente,
sostenida la boga, va surcando
el piélago inclemente
en busca de la infiel. El ala diestra,
conducida por D' Oria,
avanza contra Ochiali poderoso:
rige el centro Don Juan, á quien la gloria
el fiero Alí disputa: en la siniestra
Barbarigo impaciente
contra Siroco busca la victoria,

y manda la reserva
Don Alvaro Bazan, jefe valiente.

Y en su galera entonces, bravo, altivo,
apareció Don Juan: de su acerado
luciente arnes el brillo deslumbraba;
y el almete templado
que su elegante airon al viento daba
con cien vistosas plumas, era digno
de la frente imperial que coronaba:
el escudo embrazó, y el limpio acero
reflejó, herido por el sol fulgente,
cual de esterminio nuncio,
rayo fatal sobre la turca gente.

Y la enseña elevando consagrada,
que el Vicario de Cristo dió á la liga,
al aire la ondeó; y su inspirada
voz que llenó el espacio,
dominando los ecos bramadores
de las revueltas olas,
á los suyos les dijo: «Defensores
«de la sagrada Cruz, pueblo cristiano,
«que por la fe y por Dios en liga santa
«venis á doblegar del otomano
«el insensato orgullo, de la lucha
«el momento llegó. Lauro do quiera
«encontrareis para ceñir las frentes,
«ó la palma guerrera,
«ó la tumba inmortal de los valientes.
«Seguid el lienzo azul de mi bandera,



«que, en tanto que un giron quede en su asta,
«para arrollar al musulman nos basta.
«Tras ellos los hogares ultrajados
«de nuestra patria están, está la gloria;
«y á nombres tan sagrados
«os fia mi esperanza la victoria.
«¡Dios y esa patria nuestro esfuerzo exigen!
«¡Lidiemos, pues, abriendo nuestra espada
«ancho camino por la turba impia
«y el erizado bosque de bajeles
«que el paso estorba. ¡Sus! ¡nuestro es el día!
«¡A morir ó vencer, soldados fieles!

Así dijo Don Juan; y su alto acento
por el fervor cristiano conmovido,
entre las alas del sonoro viento,
rodando alzóse por el mar tendido.
Creció á su voz el bélico ardimiento
del piadoso soldado,
y, al sentir tanto ardor, su noble pecho
para latir osado
dejóle al corazon espacio estrecho.
Sonaron los guerreros
acentos del clarin, y los cristianos
ocuparon sus puestos: los remeros,
al marino clamor de sus canciones,
forzaron el bogar: ardió la mecha
junto al férreo arcabuz y los cañones:
las velas se rizaron
y á sus tropas los jefes animaron.

La escuadra infiel con rapidez avanza
por los prósperos vientos impelida:
va de su rota en pos; pero se lanza
con afán homicida
á la revuelta lucha y sus horrores;
y la estrella fugaz de su esperanza
brillar no vió en el cielo,
orlada de fatídicos vapores,
al tender de su orgullo el alto vuelo.

Empuñado el alfanje damasquino,
la adarga sobre el pecho, la mirada
torva, tenaz, cual de traidora hiena,
fija en la fiel armada:
de villano rencor el alma llena:
de rabia insana el corazón latiendo:
su hiel en voz trocando;
y mil y mil de colosal estruendo
con su voz convulsiva dominando;
Allí desde el alcázar de su nave
á sus tropas gritó: «Fieles creyentes,
«que estendeis por el mundo la divina
«religion de Mahoma verdadera:
«mirad á los cristianos insolentes,
«de débil corazón raza mezquina
«alzar contra la nuestra su bandera.
«¡Ellos! que flacos cual garrulas aves
«que espanta el gavilan, vuelven sus popas
«al ferrado espolon de nuestras naves,
«y el pálido temor contrae sus frentes

«al estruendo marcial de nuestras tropas!
«¡Miradlos! ¡Ellos son! torpe canalla
«que encubre su temor y cobardía
«tras duro casco y acerada malla....
«¡Por el Coran, que basta mi osadía
«para arrollar sus huestes de batalla!
«¡Lidiad, hijos de Osman! Hiera potente
«vuestro enojo sañudo;
«y en su cobarde frente
«bravos romped el damasquino escudo!
«Duras picas empuñan vuestras manos:
«allí teneis los yertos corazones
«de los torpes cristianos:
«pasta á su hierro den; y en sus leones
«ceben la garra aguda
«los tigres del desierto soberanos:
«¡Allah-akbar! ¡á la lid! Él nos ayuda!!»
Dijo y calló: y el uno y otro bando
quedó en silencio horrible
la señal esperando:
y el ronco mar y el viento,
sus furias aplacando,
miraron del combate el fin sangriento.
—Como precede silenciosa calma
al rebramar sañudo
de la tormenta impía: el aire mudo
por breve tiempo está: callan las aves
sus conciertos suaves:
sus silvestres guaridas

las fieras buscan de temor transidas;
y yerto el mundo todo
aguarda el huracan,—del mismo modo
las contrarias escuadras se callaron,
y con saña mortal se contemplaron.
¡Cuadro sublime, á fe! Breve momento
en que vacila el corazon del fuerte
á incógnito temor! lazo que liga
la existencia y la muerte!
Abismo donde el hombre
con la esperanza amiga
hunde el frio dudar! Línea sin nombre
entre el ser y no ser!... ¡Tanto silencio,
y un combate en el mar!... ¡Cuadro sublime!

El momento llegó. Y en la española
Real desplegóse el pabellon de guerra
que el cristiano adoró: en ondeante
seda de azul color, la cruz sagrada,
señora de la tierra,
ostentóse brillante
segura egida de la fiel armada.
Don Juan entonces en su favor fiando,
con ademan sereno
y majestad el brazo levantando,
dió la señal..... Al hórrido estampido
del pujante cañon, el hondo seno
tembló del ronco mar estremecido;
y á esa de reto audaz prenda segura

vaciló el corazón del agareno,
apesar de su arrojo y su bravura.
Y el ángel de la paz veló sus ojos,
y dirigióse al cielo;
y, al presentir los bélicos despojos,
el genio asolador del esterminio
cruzó zumbando en fragoroso vuelo:
el aire estremeciéndose á su dominio,
y alumbró con su tea
de siniestros fulgores la pelea.

Del tambor redoblante el sordo estruendo,
de la trompa guerrera el eco agudo
que vibrante estendiéndose, á par del ronco
rumor de voces mil, ensordeciendo
el ancho espacio con su son gigante,
mezclados con la horrenda artillería,
se elevaban en bárbara armonía.

Contra la nave opuesta
las proras enemigas dirigieron
de su herrado espolón la punta en hiesta,
y con ímpetu igual se acometieron
del cóncavo cañón al estampido....

Horrible el choque fué ¡guay del vencido!

¿Quién explicar podrá con fiel lenguaje
lo que la mente á concebir no acierta?

¿Quién pintará la saña y el coraje
que, en viejo encono, sienten dos naciones
en la mar de cadáveres cubierta?

¿Quién el horror del bárbaro abordaje,

el espantoso son de los cañones,
los escudos y arneses golpeados,
el ¡ay! del moribundo,
que hiela los mas fieros corazones,
y el bélico clamor de los soldados,
las diferentes suertes,
y defensas, y muertes,
y los gritos del triunfo entusiasmados?
¡Y todo allí revuelto
en confuso rumor, en eco informe,
como lengua gigante
de un idioma incógnito, terrible,
que, si comprende el pecho palpitante,
lo repugna la lira por horrible!!
Mas si pavor ofrece
ese recuerdo de la lucha impía,
otro recuerdo santo
su terror embellece,
y es el del triunfo que alcanzó en Lepanto,
tinto en su sangre fiel la patria mia,
y que arranca los ecos á mi canto.

Horrisono, sañudo
el impetu y furor fué de las naves
ansiosas de victoria
y opuestas, al chocarse en golpe rudo;
empero fué tan firme la defensa,
y con tanto teson se mantuvieron
unas y otras, que, en la línea estensa,
ninguna vaciló. Las otomanas

ágiles naves pronto se rehicieron,
atacando otra vez; y las cristianas
aunque en rumbo pesado,
firmes sufrieron el ataque osado.
Cubrióse el mar de arboladuras rotas
con los tiros certeros
de los roncocañones de ambas flotas;
y de la muerte en los estragos fieros,
enrojecióse pronto
la blanca espuma del salado ponto.
horrorosa primicia que pagaban
los que por Dios y por su fe luchaban!

Esquivando el cañon del enemigo
retrocedió Siroco con su ala,
y Agustin Barbarigo,
cuya audacia y valor ninguno iguala,
á su intento se opuso: Contarini
de flanco le atacó: mal de su grado
la batalla sangrienta
vióse á aceptar forzado,
y en ella á recibir prision y afrenta.

En tanto Andrea de Oria,
cuyo pendon el enemigo acata,
sobre su capitana genovesa
resiste á Ochiali, torpe renegado
que, con noventa naves de pirata,
hambrientas de botin, va confiado.
Y atacó con furor: y allí la lucha
se empeñó encarnizada,

que era su gente infiel, á mas de ducha,
en la mar y en las lides, numerosa:
y la hueste cruzada
agravios mil que reparar tenia;
y en su diestra animosa
sobraban el valor y la osadía.

Trabada de este modo la contienda
tenaz en ambas alas,
del uno y otro centro
los contrarios bajeles
se aferraron tambien. Ali conoce
la Rëal española, y á su encuentro
hace bogar sus diestros timoneles.
Tronaron las bombardas y arcabuces:
silvó la sutil flecha voladora;
y en la proa ferrada
resonó el espolon: crujió sonora
la madera quebrada;
y entre el ronco clamor de los lelies
del infiel musulman, la voz alzóse
del almirante Ali, que de coraje
gritó ronco tambien: «¡Al abordaje!»
Nada empero distinto apercibióse;
el humo del cañon denso y ardiente
al aliento mezclóse
de tanto y tanto bravo combatiente;
y, al hurtarle su luz al claro dia,
cubrió bajo su manto mil hazañas
de valor y osadía,

que por afan de triunfo se alcanzaron
y á la historia ignoradas se quedaron.
El bravo domador de dos Españas
y el Genízaro fuerte,
como buenos lucharon,
y cien vidas cobrando por su muerte
en sangre del contrario se cebaron.

Las almirantes naves empeñadas
en singular combate,
siete galeras turcas embistieron
á la imperial, con intencion traidora,
cuyo valor rendir se prometieron
del número á la furia destructora;
mas era loca empresa
la suya ¡vive Dios! que sus penoles
coronaban los tercios españoles.
Fueron entonces á su socorro apriesa
la general de Roma, que regía
Marco Antonio Colonna, y de Veniero
la veloz capitana; y con su auxilio
de la canalla impía
burlaron con valor el choque fiero.
Y era de ver el uno y otro bando
que, suelto el remo ya, ninguno arroja
ni ardiente bala, ni punzante flecha:
cuerpo á cuerpo luchando,
se fia la esperanza
á la cortante hoja
del puñal ó del hacha de abordaje,

que, tinta en sangre roja,
muestra el signo fatal de su coraje,
Vaciló la victoria, no sabiendo
á quién el triunfo dar, si al que valiente
resistía el ataque, ó al crecido
tropol de turca gente
que estrechaban al fiel: empero viendo
Don Alvaro Bazan el fin dudoso
del desigual combate,
presto acudió al socorro valeroso,
y á través de peligros indecibles,
en guarda de la Rëal, llevo animoso
doscientos españoles invencibles.
No fué esta sola su bizarra hazaña
que mil y mil debiéronle sus vidas:
libertó cien galeras
por el turco apresadas y rendidas:
rescató sus católicas banderas,
así evitando que la imágen santa
de la cruz mancillase el turco encono,
y que del vil Selin bajo la planta,
por alfombra sirviera de su trono.
Tambien ciñeron el laurel de gloria
los de Malta y Sicilia
que en el ala formaban de Andrea D' Oria,
disputando la prez de los valientes
con sin igual teson: su capitana
pavor logró imponer á los infieles;
sumergiendo en las aguas sus bajeles.

Mas de coraje lleno,
cual chacal que se ceba en cuerpo inerte,
de sangre codicioso el agareno,
mas que al valor al número fiado
y al cansancio del fuerte,
acometió la nave del cruzado;
y á su traidor alfanje muchos nobles,
que, luchando, cayeron:
de la victoria la embriaguez le dieron.

Mas cara la compraron:
sí ¡por mi fe! que de la sangre pura
por cada gota del léal vertida
los turcos derramaron
raudal copioso de la suya impura.

A su saña homicida
sus valientes guerreros se amenguaron;
pero no su constancia, que vencida
verse no pudo, en tanto que un acero
y una diestra se alzó que lo clavase
en las entrañas del contrario fiero.

¡Ni uno solo quedó! A Dios le plugo
árbitro de la vida y de la muerte!

Necesitaba mártires su gloria,
y á ella volaron; y la fama vierte
oprobio á su verdugo,
llanto de admiracion á su memoria.

Igual gloria alcanzaron,
á precio de su sangre generosa,
millares de valientes

que en la lid honrosa
la suya derramaron
mezclada con la infiel. Allí cual bueno
Agustin Barbarigo
cayó de aguda flecha
al impulso mortal. Del enemigo
su nave presa hecha
los pocos que quedaban
al turco numeroso resistieron
con bizarro teson; mas se aumentaban
cada vez mas las enemigas haces
y á su empuje feroz muchos cayeron.
Marino Contarini,
herido el pecho de punzante dardo:
de sangre exhausto sucumbió Quirini,
y Andrea Barbarigo
que á su hermano vengó: cayó el gallardo
Mezzo, que con un remo
que hubo á la mano, audaz, del enemigo
muchas vidas quitó. Mas del aleve
bando tambien fué tanta la matanza,
que en torno de las naves
cadáveres sin cuento,
azotando sus bordas, fluctuaban;
y en su combes sangriento
gritos mil de dolor al par se alzaban:
—Tal se mira en el coso
la noble fiera airada revolverse,
saña brotando la pupila roja,

contra la turba de azuzados canes
que la cercan en torno, y de despojos
cubrir el circo que su sangre moja
en ardiente raudal. — Del bravo puño,
empero, fuera inútil la osadía,
á no ser por Canale: el noble anciano
que su peligro vió, su nave impele
contra la nave infiel, y con arrojo
al turco arremetió. — Tal verse suele
cercar, cobardes, en tenaz bandada,
lós rapacesalcones
á la garza réal, que, fatigada,
apenas lucha ya; mas si por suerte,
del aire en las regiones,
mira cruzar al águila altanera
con majestoso vuelo,
huye la hambrienta turba
en confuso tropel; — de igual manera
huyó el turco asombrado,
ante el arrojo del audaz soldado.

Incesante raudal de sangre humana,
manando por do quier, tiñó las olas;
en ayes lastimosos
exhalóse el dolor: la hoguera insana,
al incendiar cien buques poderosos,
rojiza refractó su llama impía
en la pálida sien del moribundo
que al leño ardiente con afan se asía:
mutilados despojos, espirantes

ó inertes cuerpos, y armas, y maderos,
revueltos en monton el mar tragaba
en rauda remolino;
y en ecos retumbantes
ronco despues se alzaba,
y á la lid mas despojos demandaba.
Cuanto la muerte tiene mas terrible,
cuanto el odio soñó de mas espanto,
en panorama horrible,
el corazon helaron en Lepanto.

Mas ¿á quién, genio, dí, á quién la gloria
le estaba reservada
de obtener por su mano la victoria
en esta santa lid? A Dios le plugo
otorgarla á Don Juan. Impetuoso
cual viento bramador de la montaña,
que arrolla cuanto al paso se le opone,
así el bravo caudillo valeroso
dos veces arrolló la turca saña.
De su valor terrible á los enojos
cedió el turco feroz, y en su galera
el bizarro tropel de los valientes
puso la planta vencedor. De nuevo
la lucha se trabó con rabia fiera,
desesperado ardor: los combatientes
se chocan, y se mezclan, y rechazan
en confusion horrible: del brillante
casco las gayas plumas,
y el blanco lino del infiel turbante

desparecen allí, cual desparecen
las nítidas espumas
de enmedio de las olas que las mecen.
Y sobre tantos héroes descollaba
el doncel imperial: su espada ardiente
en alto levantaba,
tinta en sangre caliente
de la punta á la cruz, y en vivo anhelo
paso do quier buscaba
por llegar hasta Ali. Por fin hallóle
y á su lucha potente
se horrorizó el valor ; Ira del cielo!
con saña menos fiera
vence el noble leon á la pantera.
Con hórrida pujanza el turco fuerte
sobre el héroe cayó: al duro golpe
del yathagan sañudo,
saltó en pedazos mil del noble infante
el bien templado escudo;
y en patrio fuego entonces palpitante
su corazon, vibró el terrible acero
y el pecho atravesó del turco fiero.

A vista de su livida cabeza,
desmayaron entonces las osadas
huestes de Osman infiel, y de pavora;
y pánico terror acobardadas,
faltóles con su jefe su bravura;
al veloz remo su salud fiaron,
y por el ancho mar se desbandaron.

Huyen, por Dios, como rebaño inerte
de tímidos corderos

ante el voraz leon: pavor de muerte
envuelve el corazon de los mas fieros.

¡Huis! y ¿sobre el campo de batalla
os dejais vuestro honor? ¡Bogad, canalla!

¡mas aprisa, bogad! ¡La fiel historia
de mengua cubrirá vuestra memoria!

.....
Todo acabó! Del sol la luz postrera
esplendente brilló con fuego intenso,
y, de triunfo en señal, ornó la esfera
con su purpúreo pabellon inmenso.

Y el genio de la gloria
arboló de la cruz el pendon santo,
emblema de victoria,
en las sangrientas aguas de Lepanto.

¡Gloria al Señor! de la otomana gente
humilló la osadía,

y con planta potente
holló su sien y su soberbia impia.

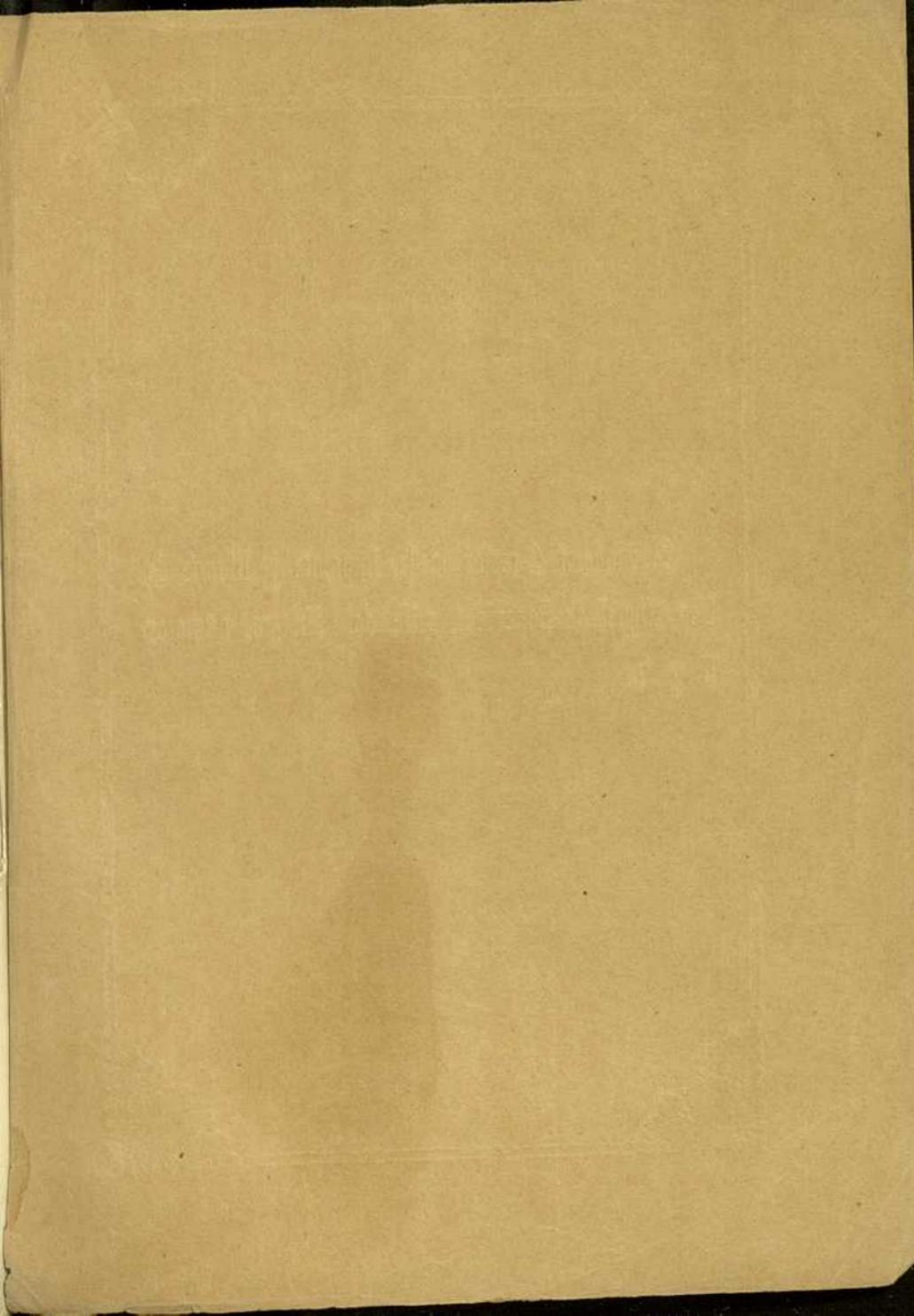
¡Cantemos al Señor de los combates
y á su justicia inmensa!

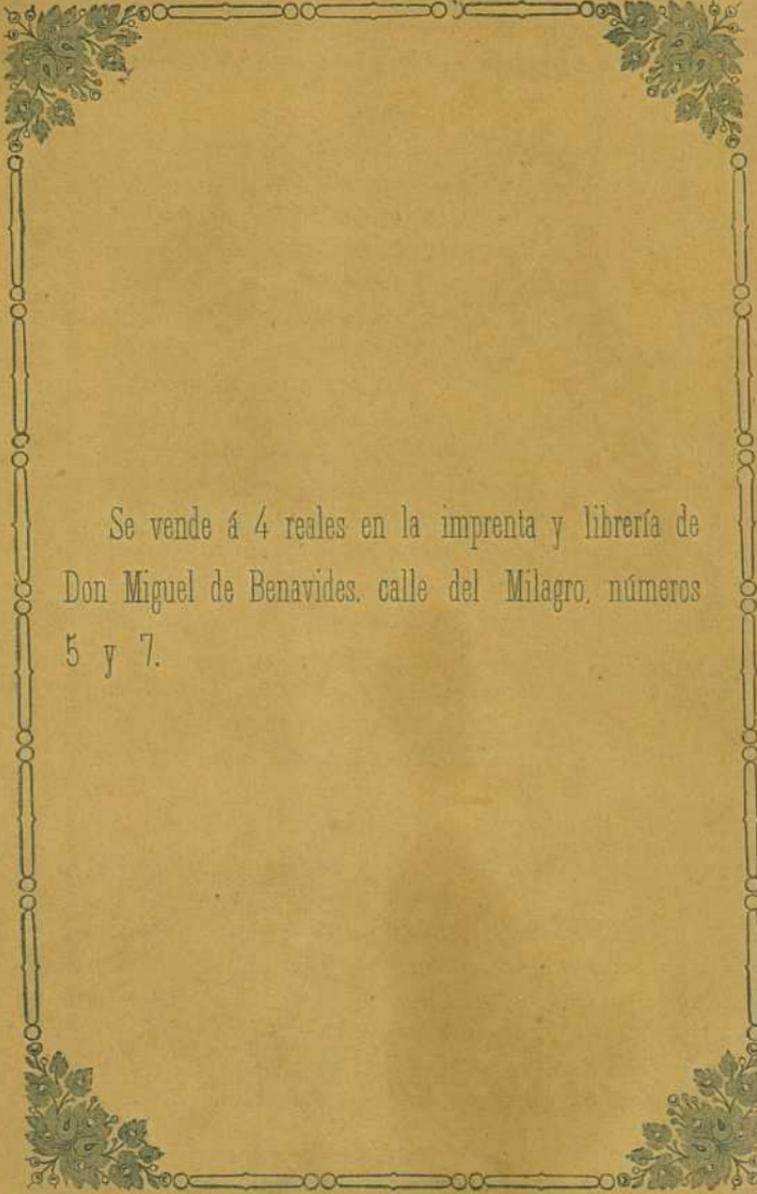
¡Él solo es grande y vencedor y fuerte!

Él armó de valor el firme brazo
de su escogido pueblo: sus enojos
dióle á su corazon: á su mirada
la lumbre abrasadora de sus ojos;

y, al mostrarle del piélago el camino,
cubrió su ser mortal con santo escudo
de temple diamantino,
dó se embotó la corba cimitarra,
y el tigre de Sennaar melló su garra.
¡Gloria á Don Juan de Austria! Al elegido
entre valientes mil para dar cima
á tan heroica hazaña!
Al que, de fe y valor el pecho henchido,
del árabe soberbio ante el espanto,
el victorioso pabellon de España
tremoló sobre el golfo de Lepanto!

FIN.





Se vende á 4 reales en la imprenta y librería de
Don Miguel de Benavides, calle del Milagro, números
5 y 7.